



**Mitos, historia vasca y lamias en *Irati*
(Paul Urkijo Alijo, España, 2022)**

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La
Rioja (UNIR)

En su momento, Urkijo ya sorprendió con una película en donde mezclaría realidad y ficción de una manera muy particular, en *Errementari* (2017), con la aparición de la figura de un diablo, y vuelve a hacerlo de una forma mucho más acertada en *Irati*, en donde la historia y los mitos vascos se entremezclan de una manera fascinante en algunos momentos, dando lugar a una realización que ha

tenido un éxito rotundo, incluso en su estreno en versión original en euskera (lo que no suele ser nada sencillo). La película se ambienta en el siglo VIII, en la zona del Pirineo Occidental, cuando los distintos señores vascos se unen para luchar contra Carlomagno y derrotan a su ejército en el paso de Roncesvalles. Una de las familias, los Belasko, no acude a la cita, aun así, en desventaja se enfrenta a su temible enemigo.

Ahora bien, uno de los líderes militares, Eneko (Iñigo Aranburu), decide pedir ayuda a los viejos poderes ancestrales, a la Madre Tierra (Mari, la diosa principal de la mitología vasca), por lo que contacta con Luxa (Elena Uriz), quien conoce y dialoga con la diosa ancestral, por lo cual debe hacer un sacrificio en sangre, la suya.



Durante la batalla, no sólo se cubrirán los cielos de oscuridad sino que irrumpirá un aguacero de granizo que ayudará a los atacantes vascos a alzarse con el triunfo final. Pero durante el sangriento enfrentamiento, el hijo del líder montaños, señor del

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2023.33.1.501-504>

Copyright © 2023 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2023. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.



valle, un niño todavía, también llamado Eneko (Eneko Sagardoy), se verá forzado a huir, perseguido por un franco de intenciones homicidas, hasta cerca de un río. Allí conoce a una extraña muchacha, Irati (Eduarne Azkarate), mientras observa un hecho insólito, cómo el soldado que le persigue acaba siendo atraído por una Lamia (bella criatura mítica, de ojos rojos y pies de animal) a lo más profundo del río...

Urkijo sabe extraer un jugo muy interesante a cada imagen. Aprovecha la enorme belleza del paisaje para que

una hermosa escenografía natural y la trama se fundan, poniendo la cámara justo en el lugar preciso para mostrarnos un mundo lírico y salvaje, donde todo parece tan real como onírico. En ese sentido, es una película muy visual. Pero el verdadero conflicto entre el mundo cristiano y los poderes naturales surge cuando Eneko-niño regresa hecho un hombre años más tarde y se reivindica como señor del valle. En su camino a la fortaleza familiar, encuentra a un grupo de leñadores que llevan a Irati prisionera. Él la libera, pero sabe quién es y la recuerda. Sin embargo, su vuelta no resulta tan perfecta como ha imaginado, cuando en la exhumación del cadáver de su padre -para enterrarlo en el rito cristiano-, se encuentra en su lugar con los restos de un carnero. Belasko (Kepa Errasti), su



rival, aprovechará para afirmar que el señor del lugar sólo puede ser de una estirpe pura cristiana, lo cual concita la duda de Virila (Ramón Agirre), el sacerdote que administra el lugar. La madre de Eneko, Oneka (Nagore Aranburu), además, se ha casado con un emir musulmán.

Así que Eneko promete recuperar el cuerpo de su padre y la única persona que conoce cómo hacerlo es Luxa, cuya hija adoptiva es Irati, guardiana de los ritos paganos. Como Luxa es encarcelada por bruja, será Irati quien le guíe hacia el interior del bosque, a una profunda cueva donde encontrará lo que anda buscando. Al mismo tiempo, Belasko ambiciona no sólo convertirse en el señor del valle sino también el viejo tesoro gallo que el padre de Eneko ofreció como ofrenda a Mari, por su ayuda en la mítica batalla, y manda a sus hombres a seguir a Eneko.

La ambición, el ansia de poder y el honor familiar se conjugan a partes iguales en un drama en el que la ambientación resulta ser una parte muy conseguida, pero que falla un tanto en la hondura de unos personajes un tanto estereotipados o poco desarrollados, salvo posiblemente el de Irati, quien no deja de encarnar a una mujer independiente, natural y salvaje. Todo el planteamiento se configura a partir de una serie de elementos sencillos

que comienzan a hacerse más complejos en el momento en el que la historia se adentra en las profundidades de la tierra, en la que se desvelan horrores y tesoros, y sobre todo, a Eneko que acaba jurando a la diosa Mari, que protegerá a Irati y que acabará con aquellos que están destruyendo su bello bosque y debilitando su poder, derivando, así, en un alegato ecologista (que nunca está de más en estos tiempos).



No hay duda de que *Irati* consigue en buena medida lo que se propone, entretener, abordando una época misteriosa y poco tratada, o donde las propias crónicas y fuentes son tan escasas que permiten observar este proceso de abandono del paganismo hacia el cristianismo bajo el prisma de ese realismo mágico.

Así mismo, otra de las virtudes descansa en que no quiere ser un relato fiel, sino utilizar el pasado y la seducción que nos provocan los mitos y las leyendas que la fértil imaginación de las personas de la época crearon para explicar el mundo natural, conferirle una narrativa propia, entre el medievo fanático y sucio de *El nombre de la Rosa* y la fantasía de *El señor de*

los anillos. Eso no evita pensar que *Irati* acaba por deambular, en su parte final, hacia unos derroteros más efectistas que interesantes, dejándose de sutilezas, y acabando por desvelar la fuerza de esos poderes mágicos que han perdido la batalla contra el cristianismo... agua, tierra, fuego y cielo, pero de una manera demasiado grandilocuente.

En todo caso, es imposible no acabar señalando un elemento importante a la hora de reflexionar sobre una realización que aborda cierto folclore mitológico vasco, la identidad

vasca (irredenta) y esa comunión especial con la tierra, el euskera, con el nacionalismo vasco. Habrá quien quiera entenderlo como un alegato euskaldún, y en cierto modo lo es, aunque el protagonista sea de la familia Jiménez, pero difícilmente se puede considerar que sea nacionalista, sencillamente porque su ideólogo, Sabino Arana, era un católico integrista de los pies a la cabeza. Aunque habrá quien prefiera aferrarse al mito de un pueblo vasco único, pagano y ancestral.



T. O. *Irati*. España, 2022. Productoras: Baint Zinema, Ikusgarri Films, Kilima Media y ETB. Dirección: Paul Urkijo Alijo. Guion: Paul Urkijo Alijo. Música: Maite Arroitauregi y Aránzazu Calleja. Fotografía: Gorka Gómez Andreu. Reparto: Edurne Azkarate, Eneko Sagardoy, Itziar Ituño, Nagore Aranburu, Elena Ruíz, Iosu Eguskiza, Kepa Errasti, Iñaki Beraetxe e Iñigo Aranbarri. Duración: 111 min. Premios: Premios Goya (2022): 5 nominaciones y Festival de Sitges (2022): Premio del público y Mejores efectos especiales